

SALVACION SEGÚN JESUS Y PABLO (CRISTIANISMO) A. PIÑERO

<http://blogs.periodistadigital.com/antoniopinero.php/2009/07/28/fundamentos-basicos-de-la-teologia-pauli>

El **concepto de la salvación del ser humano** según Jesús de Nazaret, rescatado de los Evangelios´.

La salvación, según Jesús de Nazaret, era cualquier tipo de vida y pensamiento que estuviera ligado a una situación de pecado contra la "Alianza";

Jesús, como el judaísmo piadoso de su momento, esperaba que la relación entre Dios y el hombre, deteriorada por el pecado, había de cambiar por una acción de Dios al final de los tiempos. Esta intervención divina sería la que instaurase el Reino de Dios sobre Israel en el futuro.

. Por tanto, convertirse, según Jesús de Nazaret, sería apartarse del pecado y tornarse hacia Dios volviendo a cumplir plenamente la Ley en su esencia, en su profundidad, tal como él, Jesús, la explica y aclara, por ejemplo en el Sermón de la Montaña.

Sin embargo, a través de otros estratos de los mismos evangelios de los que puede obtenerse la noción de la salvación que acabamos de exponer, se sobreentiende que el concepto de la salvación del ser humano ha cambiado una vez que ha llegado la plenitud de los tiempos, que Jesús ha venido sobre la tierra y que ha aceptado el sacrificio de la cruz, impuesto por la voluntad de su Padre.

Tal concepto, nuevo, sería el siguiente:

1. La humanidad está en una condición desesperada y sin remedio por el pecado: es enemiga absoluta e irreconciliable de Dios. Por sus propias fuerzas no puede salir de esta situación.
2. Dios se ha apiadado de la humanidad: ha hecho que su Hijo (con mayúscula, pues en su humanidad deja traslucir de algún modo su Divinidad) se encarne en un cuerpo humano
3. Este salvador/redentor muere violentamente en la cruz, conforme a un plan divino querido por la divinidad desde toda la eternidad
4. El salvador crucificado resucita, lo que confirma su divinidad e inmortalidad.
5. La muerte del salvador es un sacrificio expiatorio, vicario por los pecados de la humanidad. Pero los efectos de esta expiación sólo se hacen efectivos en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora. El que no crea en que Jesús es verdadero hijo de Dios, que ha muerto en la cruz "por muchos" (es decir, por todos) no se salvará.
6. Por el contrario, los que aceptan por la fe al mesías salvador y su sacrificio reciben la promesa efectiva de participar en su resurrección y en la inmortalidad.

Como se ve, parece que no se puede negar que hay un cambio muy notable entre la concepción de la salvación del ser humano de Jesús de Nazaret –insisto: tal como se deduce de la lectura crítica de los Evangelios- y la que presenta también el conjunto de los Evangelios mismos y con la misma fuerza.

Y las dos concepciones se transmiten igualmente a través del recuerdo de los dichos y hechos de Jesús.

Una, pienso, es propia del Nazareno y no ha recibido ninguna reinterpretación, puesto que es puramente judía; otras –según los mismos Evangelistas- sería propia también de Jesús, pero pienso que ha recibido una reinterpretación, paulina en concreto .

Y vayamos al núcleo directamente: el tema absolutamente básico de la **teología paulina** puede resumirse en una frase: **el descenso al mundo, en la plenitud de los tiempos y según un plan divino predeterminado, del Salvador.** La salvación del ser humano viene de arriba, de los cielos, pues la acción humana no es en absoluto eficaz para restablecer la amistad con la divinidad rota por el pecado.

Cuando desciende el salvador divino sobre la tierra, no anda observando quién merece ser salvado y quién no. Esto no puede ser así porque significaría por parte de Dios una actitud incomprensible en el creador, pero sobre todo **supondría adscribir a la acción humana algún tipo de eficacia salvadora.** Y no es así porque ello supondría igualmente que el hombre merecería ser salvado por sí mismo.

Así pues, en principio, ningún ser humano está excluido de la salvación. Lo que Dios pide al hombre para rescatarlo del poder separador y aniquilante del pecado es que acepte de corazón que es salvado por Él mismo, por Dios. **Esta aceptación sólo puede realizarse por un acto de fe en la acción divina: la fe supone admitir el plan divino.** Quien lo acepte será salvo, pues instantáneamente se hará participante de los efectos beneficiosos de los actos de salvación del redentor divino descendido a la tierra.

Ahora bien, en contra aparentemente de lo dicho, este acto de fe supone una participación del ser humano en el acto de salvación. Pero **¿es en el fondo verdad esta suposición de una cierta eficacia de la acción humana en la salvación? No; de ningún modo,** porque ese acto de fe es ayudado por la gracia divina que concede gratis y por amor el primer impulso para hacer ese acto de fe.

El descenso del Salvador implica que hay dos ámbitos en el universo: el mundo de arriba y el de abajo. El del cielo, divino, espiritual, el reino de la luz, del que procede la salvación; y el de abajo, material o carnal, el reino de las tinieblas, controlado por el Príncipe de este mundo; pero un ámbito que necesita y puede ser salvo.

El núcleo de la teología básica de Pablo de Tarso está orientado hacia la salvación del ser humano fundamentalmente, por varios motivos. Principalmente, como ya hemos dicho en alguna que otra ocasión, **el ansia y la angustia por la salvación y la inmortalidad era el tema común, obsesivo diríamos, tanto de la religión grecorromana como de la judía en el siglo I.**

Además, Pablo, como judío piadoso, se había incardinado con gusto dentro de la atmósfera apocalíptica judía que estaba convencida de que el fin del mundo estaba muy cerca (1 Tesalonicenses 4), que iba a llegar pronto el momento en el que Dios iba a pedir cuenta de sus desviaciones a la humanidad, iba a acabar con el desorden del mundo presente, y acabaría de una vez con este mundo, o bien lo purificaría de tal modo que –aún manteniéndolo en la existencia- se podía decir que iba a producir unos “nuevos cielos y una tierra nueva”.

En líneas generales se sospecha que la mayoría de los "apocalípticos" judíos eran habitantes de las ciudades, no del campo. Eran urbanitas, no gente del campo, que a su angustia existencial por el desfase entre lo que Dios deseaba que fuera la humanidad y lo que era en realidad, unían la angustia por lo insalubre, peligroso, molesto e incómodo que era la vida en las urbes de su mundo en ese momento: altísima densidad de población, encerrada en murallas, con pocas posibilidades de crecer; los inmuebles grecorromanos y judíos eran estrechos e insalubres, y cuando la densidad humana es alta, siempre surgen graves problemas sanitarios. La escasez de alcantarillado y de agua, de letrinas y baños públicos (sólo para los ricos) hacía que la higiene fuera casi imposible.

A propósito de las condiciones de vida del siglo I -y de la época en general- que fomentaron como **idea prioritaria el "ansia por la salvación"**, cito a Rodney Stark, *The Rise of Christianity*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1996, 154-156, extractando un poco (la traducción es propia).

Dado lo limitado del agua y de los recursos sanitarios, y la increíble densidad de humanos y animales, la mayoría de la gente en las ciudades grecorromanas debía de vivir inmersa en una suciedad que supera nuestra imaginación

Es importante caer en la cuenta de que, donde las tasas de mortalidad son muy altas, la salud de los que están vivos es muy precaria. La mayoría de los habitantes de las ciudades grecorromanas debió de sufrir deficiencias crónicas de salud que les causaban dolor y algún grado de incapacidad física, de la cual muchos habrían de morir pronto.

Y yo añadiría que no sólo la sanación, sino la **salvación en general, el liberarse de este valle de lágrimas era un deseo general.** Un ansia inmensa de *escaparse de todas las miserias y vivir una vida mejor.*

No voy a alargarme más. Sólo decir que si la gente era del campo, no de la ciudad, vivía una existencia preocupada prácticamente por subsistir. Los señores y ricos eran pocos; la mayoría la constituían los pobres o los de case media baja, cuya vida no era en absoluta halagüeña. Además, al estar fuera de las murallas de la ciudad su *vida podía correr más peligro aún.*

Hyam Maccoby **resume del modo siguiente la enseñanza de Pablo sobre la salvación del hombre:**

"La humanidad se halla en poder del pecado y de Satán. Esta servidumbre no puede romperse por ningún esfuerzo moral que pueda realizar el ser humano, puesto que su naturaleza moral es demasiado débil. Consecuentemente, la humanidad está condenada a un castigo eterno por parte de Dios. La divinidad, sin embargo, misericordiosa, ha dispuesto un camino de liberación por medio del envío al mundo de su hijo divino. En ese mundo sufrirá una muerte cruel que servirá de expiación por los pecados de la humanidad. Al aceptar el significado de esta muerte con fe y agradecimiento, los seres humanos pueden participar místicamente de ella, a la vez que toman parte en la resurrección y en la inmortalidad del Hijo de Dios. Aquellos que no tienen fe, y persisten en creer que pueden eludir esta

condenación gracias a sus propios esfuerzos morales (guiados por la ley de Moisés) se hallan abocados a una eterna condenación” (Paul and Hellenism, Londres, SCM Press, 1991, 55).

Esta **concepción paulina de la salvación** contiene, por tanto, los siguientes elementos:

1. Condición moral de la humanidad desesperada y sin remedio; la humanidad no puede salir por sí misma de este estado
2. Descenso de un salvador divino de la humanidad al mundo de ésta, encarnado en un cuerpo humano;
3. Muerte violenta, en este caso en cruz, del salvador divino;
4. Resurrección del salvador. Ello confirma la divinidad e inmortalidad de ese salvador crucificado;
5. Expiación vicaria de los pecados de la humanidad efectuada por la muerte del salvador. Esta expiación vale `por sí misma, pero de un modo general. Está ahí pero cada uno ha de aplicarse sus efectos. Éstos sólo se hacen efectivos en aquellos que tienen fe en el significado y eficacia de esa muerte redentora;
6. Promesa de resurrección e inmortalidad para los creyentes en el salvador y en su peripecia de muerte expiatoria/resurrección.

Opino que la **síntesis de Maccoby es buena**, y que no es necesario detenerse a probarla -en cuanto resumen- en este momento con textos paulinos, pues es meramente descriptiva. Pienso que puede admitirse sin dificultad.

Dentro de estos puntos arriba señalados la investigación sobre Pablo ha considerado nucleares los siguientes:

- A) La figura de un hijo de Dios, que padece, muere y resucita;
- B) El envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador.

Por lo que atañe al cristianismo según Pablo, estos dos puntos se explicitan así:

Jesús es el salvador, mesías; es hijo óntico y real de Dios; es preexistente y señor del universo; ha sido enviado al mundo para redimir, y se ha encarnado en un ser humano de la estirpe de David, a través de María. La redención se logra por la muerte de Jesús en la cruz. El ser humano que por el bautismo sufre simbólicamente la muerte de Jesús, recibe también por las mismas aguas la promesa firme de la resurrección.

Desde principios del siglo XX la **“Escuela de la historia de las religiones”** ha supuesto que esta doble concepción cristiana, formulada por primera vez -cronológicamente- por Pablo, no es ni puede ser una herencia judía recibida por y potenciada en el cristianismo, por el siguiente argumento:

No casa bien con la tradición general del Antiguo Testamento ni tampoco con la del judaísmo helenístico tal como podemos conocerla por los escritos a los que tantas veces hemos aludido los apócrifos y pseudoepígrafos del Antiguo Testamento y los Manuscritos del Mar Muerto (Qumrán) ni

cualesquiera otros posibles escritos judíos de la época como targumim (si es que en verdad pertenecen cronológicamente a ella), o algún midrás más antiguo (también muy dudoso en cuanto a su cronología; parece ser que son posteriores).

Entonces –se ha argumentado- o bien el cristianismo, por mano de Pablo o de Antioquenos + Pablo, ha creado tales concepciones por su propia iniciativa (en términos religiosos “por obra del Espíritu Santo”), o bien (más probablemente, según la Escuela de la Historia de las Religiones) **se ha inspirado en otras sensibilidades religiosas.**

Éstas pueden ser:

1. Las religiones y la religiosidad que le ofrecía el **Helenismo y su entorno**, reinterpretando la figura de Jesús y acomodándola a conceptos de salvación que existían en la religiosidad de ese mundo,
2. O bien en otras religiones, por ejemplo la **egipcia** (al fin y al cabo Egipto está situado geográficamente al lado de Israel y gozaba de gran prestigio), o
3. O bien de religiones más “orientales”, como el zoroastrismo en general, de un modo específico. No en vano –se argumenta- desde el siglo V a.C., cuando Israel formaba parte del Imperio persa, se conocía en Israel suficientemente la religiosidad de esos famosos sacerdotes de Persia/Irán a quienes llamaban reverentemente “magos”, casi siempre en buen sentido.
4. O bien de un sincretismo (o mezcla) a base de elementos de una u otra.

Hemos **ofrecido ya en síntesis el núcleo del pensamiento paulino en cuanto a la salvación.** Seguiremos exponiendo todos los puntos de vista que comentan este **esquema de la salvación.** Y comentaremos tanto los puntos de vista “ortodoxos” como los “heterodoxos”. Al hacerlo se responderá también a la cuestión planteada en estos últimos cuatro puntos, que giran sobre una doble **alternativa fundamental:** o bien -en la teología paulina- nos encontramos con **una herencia judía** que se desarrolla potentemente, o bien las ideas nucleares (de la doctrina de la salvación paulina) proceden del **mismo Pablo y su entorno, que se inspira también en nociones de fuera del judaísmo.**

· Para probar el punto A) de la postal anterior (**el Hijo de Dios que padece, muere y resucita**) la Escuela de la historia de las religiones aducía dos argumentos ya desde finales del siglo XIX, o incluso antes:

1. La religiosidad del **mundo pagano** había eliminado las barreras entre la divinidad y los seres humanos, de modo que los conceptos de “hombres divinos” o la de “hijos (físicos/naturales) de los dioses” no representaba ningún escándalo entre las gentes religiosas. Un **judaísmo de época helenístico, muy helenizado**, de lengua materna griega, que viviera en este ambiente, podría dar sin excesiva dificultad el salto desde la consideración de Jesús como un cristo (mesías) humano hasta su elevación al ámbito de lo divino (sin precisar demasiado cómo) por medio de alguna acción especial de la divinidad.
2. La religiosidad de los **cultos llamado de los "misterios"** es más que **suficiente para aclarar el nacimiento de concepciones semejantes**

en el cristianismo. Éste las adopta para explicar la vida y misión de Jesús, una vez muerto éste.

Estos **cultos de misterio** mostraban una concepción interesante y curiosa: la noción de las "divinidades que mueren y resucitan" ("dying and rising gods", en expresión clásica de J. G. Frazer, en su obra clásica, *La rama dorada. Parte IV Adonis, Atis, Osiris. Estudios sobre la historia de las religiones orientales*, en dos volúmenes, Londres 1914), que había ejercido una profunda influencia en todas las capas de la sociedad ya desde el s. V a.C.

A este respecto -y para no alargarme y desviarme aquí de mi propósito- me remito a la excelente síntesis de Jaime Alvar y Clelia Martínez Maza, "Cultos místéricos y el cristianismo", en J.M. Blázquez et alii (eds.), *Cristianismo primitivo y religiones místicas* (Madrid 1995) 515-36.

Dentro del catolicismo modernista de principios del siglo pasado fue muy visible la aceptación de la influencia de los cultos de "misterios" sobre el cristianismo incluso entre los católicos. La postura del sacerdote (luego condenado por la Iglesia) **Alfred Loisy** fue sintomática y contundente. Escribe en "The Christian Mystery", *The Hibbert Journal* 10 (1911) p. 51:

"Jesucristo fue un dios salvador al estilo de un Osiris, un Atis o un Mitra. Como ellos pertenece por sus orígenes al mundo celeste; como ellos ha aparecido sobre la tierra; como ellos ha realizado una obra de redención universal, eficaz y típica. Como Adonis, Osiris y Atis muere con una muerte violenta, y como ellos ha sido llamado de nuevo a la vida, y como ellos ha prefigurado en su destino el de los seres humanos que toman parte en su culto y conmemoran su aventura mística; como ellos ha predestinado, preparado y asegurado la salvación de aquellos que participan en su pasión".

· Respecto al **punto B)** -también expuesto en la postal anterior- (**envío a la tierra, encarnado, de un ser preexistente que actúa como salvador**), afirmaron los seguidores de la Escuela de la Historia de las religiones que **fue sobre todo la gnosis** --o la "atmósfera gnóstica" extendida por el Mediterráneo en todo el s. I de nuestra la patria de origen de la concepción de un Hombre primordial, hijo o emanación de Dios, salvador celeste que desciende al ámbito terrestre para salvar a la humanidad-- la que ofreció la base para el surgimiento en el cristianismo de concepciones similares.

Para mucha gente de hoy, son éstas posiciones un tanto vetustas -y por tanto prescindibles-. Sin embargo, yo no lo creo así: son cuestiones perennes que hasta hoy no han recibido una respuesta unánime, y sobre las cuales no se ha formado un consenso más o menos unánime entre los investigadores. Por tanto, en mi opinión, merecen la pena exponerse y discutirse. Creo que su punto de vista sigue siendo iluminador.

He pensado siempre que las ideas nucleares no deben ser minusvaloradas, aunque se hayan expresado en tiempos pretéritos y parezcan ya vetustas. Hay un buen montón de puntos de vista que no han perdido ni un ápice de su actualidad. Incluso cuando hoy ya no se comparten, pueden tener algún rasgo importante que explica el pasado y lo ilumina. Por poner un ejemplo evidente: piénsese en la obra de Platón: opino que nadie -o casi nadie-

abrazaría hoy su teoría sobre las Ideas y su reflejo en el mundo que vemos. Sin embargo, su consideración y estudio sigue siendo hoy día fuente de reflexión y manantial creador de ideas aplicables al mundo de hoy.

En el caso del Nuevo Testamento la comparación con Platón se queda muy corta, porque las ideas albergadas en este corpus siguen teniendo vigencia, al menos para muchísima gente, en el mundo que vivimos. Indagar sobre su procedencia y alcance sigue siendo actual.

Tengo que recurrir de nuevo a Hyam Maccoby, porque entre los autores que he leído es el que mejor se apresta a defender, y con más rotundidad, **el punto de vista de la denominada Escuela de la historia de las religiones**. Su modo de argumentar nos parece paradigmático. Por ello, resumiremos brevemente su pensamiento acerca de la doctrina de la salvación paulina y sus fuentes en los seis puntos ya mencionados en una postal anterior que la caracterizan:

Respecto al punto 1. (condición moral de la humanidad desesperada y sin remedio; la humanidad no puede salir por sí misma de este estado) según Maccoby, es imposible fundamentar la doctrina paulina a partir del Antiguo Testamento o de la literatura judía helenística (tanto Apócrifos del Antiguo Testamento, o con textos de Qumrán u otros como targumim o midrasim de la época), pues todo el trasfondo de esta literatura judía de la época defiende que al pueblo elegido le ha sido dada por Dios una Ley con capacidad para observarla, y que cumpliéndola se salva ante su Creador. El ser humano se salva por sí mismo siendo fiel a la alianza.

El legislador judío no considera nunca, como sí lo hace Pablo, que el ser humano esté tan perdido moralmente, tan sujeto a las ataduras del pecado que sin una especial redención divina no puede salir de su maldad. En cuanto a los gentiles, el judaísmo de la época de Pablo opinaba que la ley natural era, en sus mandatos más sustanciales, idéntica a los principales preceptos de la ley mosaica. Por tanto, el gentil que los cumpliera no sería condenado irremisiblemente.

Ni siquiera en los textos más pesimistas de los "Himnos" (en hebreo *Hodayot*) del Maestro de Justicia, encontrados entre los manuscritos del Mar Muerto, hallamos una concepción tan peyorativa y tan pesimista de la situación de la humanidad antes del advenimiento del mesías. En esas composiciones se afirma que existe siempre un resquicio en la voluntad humana capaz de acomodarse a la voluntad de Dios y cumplir su Ley, y por tanto de salvarse.

La peculiar opinión de Pablo procede de un ambiente distinto del judaísmo y éste no es otro –opina Maccoby– que la **atmósfera gnóstica** (aún no hay sistemas gnósticos bien formados) que había invadido el Mediterráneo oriental probablemente ya en el siglo anterior. Para la gnosis, la materia es esencialmente mala. Aunque proceda en último término de la divinidad, la materia es lo más alejado de ella, es el escalón más degradado del ser, condenado a perecer, a la nada. La materia, y por tanto la parte material correspondiente del hombre que es donde se inserta el pecado, no tiene posibilidad de redención. Éste y no otro es el trasfondo que anima el primer punto, el prenotando de la religión de Pablo; no tiene sustento ninguno en el judaísmo, según la Historia de las religiones.

No voy a alargarme mucho en cada postal para que se pueda seguir con mayor facilidad. Continuaremos, pues, con los siguientes puntos paso a paso.

Respecto al punto 2 del resumen hecho en una postal anterior: (Descenso de un salvador divino de la humanidad al mundo de ésta, encarnado en un cuerpo humano) opina la Escuela de la Historia de las Religiones que esta noción supone la doctrina de la preexistencia de ese salvador divino, y que tal doctrina es ajena al judaísmo de la época de Jesús.

Ciertamente, sabemos ya que el judaísmo sectario y esotérico de tiempos de Jesús conocía **ciertas figuras de seres semidivinos**, como Melquisedec (en Qumrán), Henoc ("Libro de las parábolas de Henoc") y Metatrón ("Libro de Henoc hebreo") que poseían ciertos caracteres mesiánicos, en parte Elías... Es decir, eran seres que de algún modo iban a ayudar a Dios en sus tareas en los momentos finales del mundo antes de la llegada del Reino, así como también en las labores de juzgar a los malos o regir el cosmos. Hemos hablado de ellas tanto en este blog como en el de "Cristianismo e historia".

Ahora bien, **ninguna de estas figuras es preexistente** (En el caso del "profeta" Henoc es preexistente el concepto divino de mesías que luego Dios le aplica; no el personaje en sí), ni tampoco descienden propiamente desde su status semidivino a la tierra para salvar a la humanidad.

También el judaísmo de época helenística conoce las **especulaciones sobre la Sabiduría divina** y la Palabra de Dios, casi personificadas, que descienden y habitan en la tierra, en el Templo de Jerusalén concretamente, ayudando a la iluminación y salvación del pueblo de Israel. Se ha argumentado que estas figuras judías son el antecedente de la concepción cristiana del descenso y encarnación del mesías salvador, que habita entre los hombres.

En opinión de Maccoby no puede dudarse de que en parte estas afirmaciones sobre tales figuras son ciertas. Esas especulaciones semifilosóficas sobre entes divinos que se desgajan de la divinidad para venir a la tierra en auxilio de los mortales pudo ayudar a los judeocristianos primitivos y a Pablo a concebir algo semejante de Jesús. Pero, según Maccoby, nada hay que sugiera en el judaísmo piadoso que la Sabiduría o la Palabra divina fueran algo más que unas personificaciones poéticas, es decir, en el ámbito de lo metafórico. **Jamás recibieron en el pensamiento judío un status real** de modo que fueran objeto de veneración, pudieran encarnarse realmente y se identificaran con una figura real y concreta.

Según Maccoby:

Ese concepto paulino de Jesús como un visitante celeste preexistente que llega a la tierra y que realiza una función salvífica en forma humana es totalmente ajeno al judaísmo. **Procede más bien de la noción paulina básica de que la redención debe proceder de arriba, puesto que lo terrenal, material y la naturaleza moral del hombre se hallan demasiado corruptas como para ser salvadas por el esfuerzo**

humano. El descenso de un ser divino en la materia mala y corrupta es un concepto característicamente helenístico y es totalmente claro en la gnosis no en el judaísmo "normativo".

En el fondo, esta noción **deriva de una concepción de la materia mala**, que es platónica y de la noción de la divinidad prometeica que descuida la consecución de la perfección. También procede del deseo de huida de la materia. Eliminado el contacto con la materia es posible la salvación. Ahora bien, estas concepciones no pueden ser judías, pues el judaísmo jamás ha considerado la materia y el mundo como malos (Maccoby, *Paul and Hellenism*, p. 63).

Un paréntesis: en estos momentos estamos resumiendo el pensamiento de Maccoby. Más abajo, y a propósito de la contrarréplica de algunos autores a estas ideas, discutiremos por nuestra cuenta la importancia de estas figuras (y también la de la Sabiduría) a las que alude este autor judío contemporáneo nuestro.

Continuamos con la doctrina fundamental del paulinismo, comentando la defensa de Hyam Maccoby del punto de vista de la "Escuela de la Historia de las Religiones".

Respecto al punto 3, la **muerte violenta del salvador divino** es un tema sobre el que se discute mucho si tiene o no raíces en el judaísmo.

El sufrimiento del mesías, ya sea una figura individual o colectiva, sí pudo tener sus puntos de anclaje en textos del Antiguo Testamento como Zac 12,10

"Y verán a aquél al que traspasaron"

O en el siervo sufriente de Yahvé de Isaías 53, cuyas expresiones más típicas son las siguientes:

De cualquier modo, **estos "mesías" del judaísmo** (de Isaías y Zacarías, si es que se puede considerar así) **son figuras puramente humanas**. Por el contrario, **el sufrimiento y la muerte del mesías cristiano son totalmente ajenos al judaísmo, pues comportan la idea de la muerte de un ser divino, que es preexistente**.

Sin embargo, la idea de que una divinidad –en concreto un ente parte humano y parte divino, como los héroes y los hijos de las divinidades– pueda morir es algo relativamente común en el mundo de la religiosidad helenística y contrasta profundamente con la idea judía de que Dios no puede morir. **Los dioses que mueren y resucitan son una concepción del paganismo**.

Y si no encontramos en el judaísmo antecedentes de esta noción, ¿hacia dónde mirar en el ámbito de las religiones del momento? No hay suficientes analogías de esa concepción en el gnosticismo, porque para la gnosis, el cuerpo no tiene una significación especial. El salvador gnóstico no tiene una carne verdadera y sólo baja a la tierra para salvar a la parte espiritual de los humanos.

Apuntar, además, hacia paralelos de la gnosis tiene además –en el momento de Pablo– problemas metodológicos que quizá alguna vez podamos abordar. En síntesis son el siguiente: todos los textos que

tenemos del gnosticismo occidental, que es el que interesa aquí, son posteriores a Pablo. Acorde con esta realidad cronológica, se ha defendido que este gnosticismo occidental alberga en su seno ideas afines al cristianismo sencillamente porque las ha tomado de éste.

El problema no es tan simple, pero es real. Se suele salir de él apuntando a que antes del gnosticismo (cuyo florecimiento comienza en el siglo II d.C.) ya existían ideas, conceptos gnósticos en el ambiente, que se desarrollarán de diversa manera: los judíos a la suya hasta desembocar en la Cábala, y los cristianos a la suya, fundándose en Pablo y en el Evangelio de Juan. Pero los conceptos gnósticos existían antes.

Sea de momento de esta discusión como fuere, lo cierto es que no se puede mirar hacia la gnosis para justificar el concepto de una "divinidad que muere y resucita", por lo que antes dijimos: ni le interesa lo corpóreo/material, ni admite en absoluto la divinidad pueda morir.

Debemos mirar hacia otro lado: hacia las **divinidades que tienen ciertos visos de preexistencia, que se hallan encarnadas en cuerpos mortales y que sufren una muerte y resurrección**. Y la única analogía que encontramos en el mundo antiguo para estas ideas es la de **las cultos de "misterios"**: **Dioniso** es desgarrado por los Titanes; **Osiris** es muerto por su enemigo Set; **Adonis** es destrozado por un jabalí, enviado por la divinidad; **Atis** muere tras automutilarse; **Orfeo** es despedazado por la ménades...

Es cierto que las analogías con la concepción cristiana de la muerte violenta del salvador son sólo aproximadas, pero son las únicas. Pero se argumenta: para clasificar al cristianismo dentro de la Historia de las religiones **no hace falta decir que el cristianismo copia literalmente ninguna idea, sino que simplemente "se inspira" en ella**.

Y aquí está la discusión. **Para los creyentes esta posición es inasumible. Jesús muere y resucita porque es hijo óntico de Dios y basta**. Pero, como digo, **los historiadores se sienten mucho más inclinados a buscar relaciones de dependencia**.

Respecto al punto 4., la resurrección, inmortalidad y confirmación de la divinidad del salvador crucificado son concepciones en las que se mezclan ideas muy judías, con otras que no lo son.

La **inmortalidad del alma** es una noción de la que el judaísmo carece hasta bien entrado el s. III a.C. y creo que los lectores de este blog lo saben ya muy bien, pues dedicamos una **miniserie a este tema, a saber la evolución de la religión judía en la época helenística**.

Recuerdo sólo lo esencial: si se examina el libro canónico del **Eclesiastés**, compuesto hacia el 260 a.C., de un **pesimismo** abrumador, observamos que no hay todavía en él **ninguna concepción de la inmortalidad del alma, de la resurrección o de la vida futura**. Éstas **aparecen en el judaísmo posteriormente**, y -casi todos los estudiosos están de acuerdo- *se generan en el judaísmo (sin duda alguna) por influencia de la filosofía espiritualista platónica popularizada, la cual, a su vez, recoge muy antiguas ideas órficas al respecto*.

La popularización de las ideas platónicas más elementales que afectaban a la religiosidad fue hecha por cientos de filósofos ambulantes, y por una expansión más o menos espontánea e improvisada -pero efectiva- en forma de máximas y refranes. La cultura misma griega había incorporado a su acervo la noción de la inmortalidad del alma.

Ahora bien, en tiempos de Pablo, el judaísmo había hecho grandes progresos teológicos y había llegado hasta afirmar, en contra mismo de los griegos, no sólo la inmortalidad del alma sino también la resurrección del cuerpo, al menos del cuerpo de los justos.

Como no existían en el judaísmo precedentes de una divinidad que muere (insistimos en ella en la postal anterior), **tampoco lo había de un dios que resucita**. Para la resurrección de una divinidad después de una muerte violenta debemos recurrir de nuevo -afirma Maccoby- a la analogía con los cultos o "religiones" místicas. Dioniso es devuelto a la vida por Rea. Adonis, "resucita" al tercer día, Baal, asesinado por Mot, la Muerte, resucita también; Osiris igualmente, etc.

Aunque se ha discutido acerca de si estas divinidades mueren realmente y resucitan realmente, tales dudas nacen sobre todo de afanes apologéticos por defender el carácter único y revelado del cristianismo. A pesar de tantas vacilaciones, tenemos buenas razones para mantener que el concepto de la **resurrección salvífica de una divinidad que había muerto violentamente existía en las religiones de misterio en época de Pablo y en el ámbito grecorromano principalmente en ellas.**

No sostiene Maccoby, y mucho menos sostengo yo, que el cristianismo, Pablo en concreto se hubiera puesto directamente a copiar de los cultos de misterio. No es así. Estamos enmarcando simplemente el lugar del cristianismo dentro de la historia de las religiones, y la primera y sola observación que por ahora hacemos es que -dentro de esa historia del hecho religioso en el Mediterráneo oriental del siglo I- **a lo único que se parece el cristianismo es a los cultos/religiones de misterio que existían mucho antes que él.**

El proceso mental de Pablo -a la hora de reflexionar sobre la figura y misión de Jesús- pudo ser pensar que ciertos conceptos/nociones de este tipo de culto místico eran apropiados precisamente para describir cómo era su comprensión de lo que había pasado en realidad con Jesús y cómo había que interpretarlo. Repito: eso no significa "que se pusiera a copiar", sino sólo que ese marco conceptual le parecía apropiado, y no otro que existiera previamente en el judaísmo.

Respecto al punto 5), **la expiación vicaria de los pecados de la humanidad efectuada por la muerte del salvador, debe decirse que esta noción está conectada ciertamente con concepciones tanto judías como paganas sobre el valor de los sacrificios.** De esto no cabe duda alguna. Pero con una salvedad: para los piadosos reflexivos en el judaísmo de la época de Pablo **los sacrificios no tenían ningún valor expiatorio por sí mismos, si no iban acompañados de otra cosa... y más importante.**

Este **valor expiatorio sólo se conseguía, según la doctrina judía, por el arrepentimiento interno previo al sacrificio** y –si había daños a terceros– por la reparación conveniente al que había sido dañado. El sacrificio y su aceptación por parte de la divinidad en el Templo de Jerusalén no eran más que la señal externa de un restablecimiento de las relaciones con Dios, Señor de todo, una vez reparadas por el arrepentimiento previo y la reparación de los daños, por medio de compensación económica o moral, las relaciones con los demás mortales.

Pablo, por su parte, parece concebir el pecado como una mancha mística sobre el hombre que sólo puede ser eliminada por un medio místico: el sacrificio de un Salvador..., divino. Tal concepción doble es extraña al judaísmo.

En el Helenismo, sin embargo, tales nociones eran mucho más usuales; aquí encontramos variados ejemplos de víctimas sacrificiales voluntarias, cuya muerte expiaba en verdad, es decir, apartaba la ira de los dioses y salvaba a la comunidad del castigo merecido por los pecados/faltas/desmesuras. Éstas víctimas son todas figuras humanas, también ‘obedientes hasta la muerte’, cuyo sacrificio expía en momentos de crisis.

Pero igualmente importantes en la religiosidad pagana son las **figuras sacrificiales humano-divinas de los cultos/religiones de misterios**, cuyas muertes purgaban a sus devotos de sus pecados y los hacían aptos para la inmortalidad, rescatándolos así de las crisis continuas de la vida terrena, sobre todo de las angustias de una vida tras muerte en un Hades sombrío o simplemente en los infiernos.

Para unos investigadores, **el culto místico más cercano a la concepción de Pablo sobre Jesús es quizás el orfismo**, el cual, más que otras “religiones” místicas –se dice– muestra una actitud negativa hacia los proyectos y preocupaciones humanas, y consideraba sus ritos como una panacea universal para el dilema del ser humano, más que como un otorgamiento de especiales privilegios al iniciado.

La muerte de Dioniso en el orfismo poseía un efecto expiatorio para aquellos que participaban de ella místicamente, y la resurrección del dios era la garantía de la entrada del iniciado en una forma nueva y superior de vida, en la cual se superaban los problemas morales.

Para *otros investigadores*, no haría falta remitirse directamente a los cultos de misterio, sino a otros temas muy vigentes en la religiosidad tanto popular como más elevada de la religión griega: la muerte del filósofo por la defensa de las ideas propias; la muerte patriótica (dar la vida propia para que siga viviendo la patria), aunque a la vez se dice que pueden encontrarse muchos paralelos ciertamente en el judaísmo. Pero lo que más llama la atención para la época de Pablo es la **expansión en el mundo griego del concepto de la “muerte auténticamente vicaria”** (alguien que da la vida para que otro u otros vivan (esposa, esposa, hijo, jefe, general, emperador), que fue en esta época extraordinariamente popular.

Comenta José Montserrat Torrents, en la obra colectiva *Orígenes del cristianismo* (El Almendro, Córdoba 2ª edición de 1995, 78), editado por mí hace tiempo:

“La presentación de Jesús como salvador de los individuos que opera a través de su propio sufrimiento y de su propia muerte es un elemento que, genéricamente, tiene obvio paralelos en la religiosidad pagana contemporánea y particularmente en los cultos de las religiones místicas del entorno helénico...

En este entorno ciertas modalidades de soteriología individualista habían confluído en la figura-tipo del personaje divino que muere, vuelve a la vida y hace partícipes a sus devotos de la victoria sobre la muerte.

Puede por tanto hablarse de **una misteriosofía genérica** que existía en la religiosidad pagana y que extendía su influencia más allá del ámbito de los cultos particulares, siendo discernible, en la literatura y aun en el lenguaje corriente.

No hace falta más para situar al cristianismo en su lugar específico dentro de la historia de las religiones. Pablo como primer teólogo cristiano supo **captar la tensión soteriológica del entorno religioso que existía en las ciudades del Imperio romano, y adaptó a este concepto las categorías judaicas de la mesianidad.** Es decir, cayó en la cuenta de que los conceptos de mesianismo puramente judíos eran válidos, según él y sin duda, pero no iban a ser entendibles por el público pagano del Imperio al que había que dirigirlos para que aceptaran la salvación que Dios –por medio de los primeros cristianos- les ofrecía.

No son discernibles en la soteriología cristiana ingredientes procedentes de ningún culto místico en particular. Es decir, **no se puede probar que el cristianismo copiara y adoptara ingredientes concretos de algún culto místico en particular.** Las fantasiosas especulaciones de los comparatistas de primeros del novecientos del siglo pasado oscurecieron esta cuestión y fueron objeto de fáciles refutaciones por parte de los historiadores confesionales. Los primeros seguidores de la Escuela de la “Historia de las religiones” exageraron, sin duda, a la hora de dictaminar apodócticamente que el cristianismo copiaba de un modo directo de los cultos paganos.

Ahora bien, si se reduce sin embargo a sus términos más fundamentales, esta adscripción del cristianismo como un “culto místico” –o si se desea como un culto nuevo cuya ideología es muy parecida a la de los cultos místicos- adquiere solidez y cumple de sobra su cometido: ofrecer una caracterización del cristianismo primitivo (paulino) absolutamente irreductible a su adscripción al judaísmo. Porque **debe admitirse que hay elementos fundamentales en el cristianismo naciente que no son en absoluto judíos.**

Ahora bien, esta característica específica afecta **únicamente a las comunidades dependientes en algún modo de la corriente paulina.** El cristianismo de la **comunidad de Jerusalén, el cristianismo petrino, y en general todas las variantes que se limitan a poner a Jesús en el marco del estricto mesianismo judaico (es decir, son grupos que siguen siendo estrictamente judíos, pues su única diferencia notable es afirmar que el mesías Jesús había venido ya)** no sobresalen del magma genérico del judaísmo del s. I, y en decurso de la historia inmediata

desaparecen reabsorbidas en él. **El judeocristianismo tuvo poco futuro en la historia de las religiones mediterráneas porque ofrecía una teología que no era para nada nueva.**

Este desenlace es perfectamente esperado, pues asignaban a su mesías una tarea histórica que quedó incumplida. **Sólo las comunidades que supieron trasladar la expectación a la metahistoria sobrevivieron al colapso mesiánico, y éstas son las iglesias de la tradición paulina, las que produjeron los evangelios canónicos, la escuela johánica, los hechos, la carta a los hebreos, la carta de Clemente, la escuela paulina...”.**

6) El sexto punto, por último, era “la **promesa de resurrección e inmortalidad a los devotos del salvador crucificado**”, procede de tal modo de los anteriores que es una consecuencia necesaria.

Maccoby señala aquí que el concepto judío de resurrección es un tanto distinto del paulino: este concepto no hacía de la resurrección algo dependiente de la muerte sacrificial de un visitante divino a la tierra, o de la fe en la eficacia de ese sacrificio.

En las creencias judías generales de la época –al igual que en el cristianismo posterior a Pablo– todos los seres humanos, judíos o no, que hubieren llevado una vida virtuosa volverían a recuperar sus cuerpos en los últimos días para participar en la paz, prosperidad y justicia del Reino de Dios, concebido, como en el caso de Jesús, no como un reino espiritual e incorpóreo, bien en el interior del ser humano, bien en un mundo superfuturo absolutamente distinto al actual, sino como el cumplimiento de las mejores esperanzas humanas sobre la tierra.

La resurrección de los cuerpos debía distinguirse muy claramente en el judaísmo del momento de la inmortalidad de las almas tras la muerte (una creencia también judía, aunque griega en su base), pero que no estaba, curiosamente, tan extendida como la creencia en la resurrección para participar en este reino de Dios terrenal.

En el **Apocalipsis de Juan hay un atisbo de esta resurrección para participar en el reino del mesías**, cuando afirma que los que “habían sido degollados (por la Última Bestia, el Imperio Romano), “por dar testimonio de Jesús y por la palabra de Dios” volvieron a la vida (20,4) y reinan con Cristo en este mundo, en una especie de Jauja feliz, durante mil años. El resto de los malvados que había muerto también no resucita para tomar parte del reino de Dios en la tierra.

De este modo se ve cómo la **doctrina judía de la resurrección de los cuerpos estaba imbuida de un humanismo y un ‘materialismo’, típicamente judíos.** Toda la historia humana aspira y se orienta hacia un reino mesiánico de cumplimiento humano, y todos los individuos que habían aspirado a ello durante la vida tenían una oportunidad de participar en ese éxito final del Reino.

La doctrina de Pablo sobre la resurrección, por el contrario, no está provista de este humanismo, pues se ve condicionada por ciertos

presupuestos suyos de talante gnóstico, a saber sobre **la maldad ínsita dentro de la materia y de lo corpóreo**. Su doctrina se halla totalmente desconectada de la noción de un reino de Dios en la tierra. Para Pablo, pues, la resurrección significa una escapada de la miserable vida mortal hacia una dimensión diferente, en la que el problema del ser humano, compuesto de materia y espíritu, no se resuelve en realidad, sino que se elude.

Aunque **Pablo mantiene la idea de resurrección corporal carece de este aspecto terreno propio de la finalidad de esa resurrección dentro de la doctrina del judaísmo, puesto que el nuevo cuerpo sufre una transformación completa de la condición humana, que deviene angélica o supraangélica: el cuerpo resucitado del creyente se transforma en un cuerpo espiritual** (1 Corintios 15,50).

Parece, por tanto, claro que Pablo no tiene su mente orientada hacia el establecimiento de una sociedad justa y feliz en la tierra (eso es también el reino de Dios) como meta escatológica, del final de los tiempos. **Tal objetivo fue propio de Jesús, de los profetas del Antiguo Testamento y de la apocalíptica judía.** En general, esa meta es abandonada por Pablo, puesto que piensa que es una meta imposible de conseguir por una humanidad corrupta.

Pablo no tiene la visión de una sociedad humana perfecta; su salvación es enteramente **sólo para el individuo**, como en los esquemas de pensamiento **gnósticos y órficos**. Esta salvación consiste en la elevación del individuo humano a un status suprahumano.

La **conclusión general de Maccoby** es, por tanto, la siguiente: **el cristianismo paulino no es judío ni original en el tema de la salvación del ser humano**, sino que sus ideas teológicas principales se han inspirado en la **religiosidad helenística más que en la herencia judía** que se supone había recibido.

En ello sigue Maccoby la corriente común de la Escuela de la historia de las religiones, como hemos afirmado repetidas veces. Esta Escuela sostiene del mismo modo que la doctrina compleja de un hijo de Dios enviado a la tierra como salvador y su muerte y resurrección es externa al judaísmo.

Los **comparatistas piensan, pues que Pablo se ha inspirado para formar esta teología en nociones de fuera del judaísmo y aducen paralelos de otras religiones anteriores al cristianismo, especialmente de los cultos místéricos** como ya hemos visto.

Igualmente, los **comparatistas apelan a doctrinas "gnósticas" que se presumen anteriores al cristianismo.** A partir de datos cronológicamente posteriores a Pablo (desde el s. II d.C. en adelante), los **comparatistas deducen hipotéticamente estadios de la religión gnóstica previos al surgimiento del cristianismo que influyeron en éste y lo moldearon por analogía o, en algunos casos, por rechazo.**

El próximo día seguiremos con la **crítica por parte tanto de protestantes como de católicos a esta síntesis y valoración del pensamiento de Pablo sobre la salvación del ser humano.**

Prometimos que en la siguiente serie de postales veríamos **la crítica a este resumen de la doctrina de Pablo realizado según las orientaciones de la "Escuela de la historia de las religiones"**, puesto que así fue: los adversarios de la Escuela comparatista de las religiones, **bien protestantes o católicos, han atacado estos supuestos** (de los que Maccoby es una buena muestra) con una batería de **contraargumentos**.

Respecto al **primer punto, a saber, la "noción de un Hijo de Dios que padece, muere y resucita"**, se responde que

- En la religiosidad del helenismo **no existían en realidad divinidades, más en concreto "hijos de Dios", que mueren y resuciten de verdad**, y menos con un efecto salvífico para sus adoradores.
- Tampoco consta en la religiosidad de los cultos de misterios que **el iniciado se transforme en "hijo" de la divinidad y que con ello reciba la salvación**. Casi todo lo que sabemos de los cultos de misterios procede del siglo II d.C. en adelante, no estando excluido, por tanto, que todo haya sucedido justamente al revés: que las concepciones místicas hayan sido influenciadas por similares ideas cristianas, o bien que se haya interpretado la religiosidad de los misterios gracias a analogías cristianas anteriores.
- Finalmente, la pretendida similitud del cristianismo con los cultos de los misterios se basa en una mera **semejanza de vocabulario**. El uso de palabras similares no significa, sin embargo, que se hayan adoptado por el cristianismo las concepciones de fondo que esos vocablos implican. Se utilizaron las palabras, pero se le dio otro contenido.

Respecto al **segundo punto, el mito gnóstico del "envío de un hijo de Dios al mundo como salvador"**, se sostiene con firmeza que

- **Tal mito no existió nunca antes del cristianismo**. La cronología de las fuentes gnósticas es toda ella tardía; es un acto arbitrario pretender reconstruir un gnosticismo precristiano a partir de estas fuentes para luego probar, a base de este mito gnóstico reconstruido, que el cristianismo se ha inspirado en él, o sencillamente que lo ha copiado.

Fuera del gnosticismo postcristiano –se insiste– **el mundo antiguo no conoce el envío de un hijo de Dios al mundo con fines salvadores**. Puede decirse que abunda tan sólo la idea de una cierta "encarnación" de algún alma superior. Pero tal concepto tiene también in significado distinto: por ejemplo se podía pensar que el alma de Pitágoras, por ejemplo, pudo volver a la tierra y se introduce en otro ser humano para realizar una misión especial. Pero se trata de una analogía alejada que no tiene puntos en común con el cristianismo.

Tema: Seguimos con la crítica al resumen que hemos ofrecido de la doctrina de Pablo realizado según las orientaciones de la "Escuela de la historia de las religiones".

El último paso para desmontar la teoría formada por la Escuela de la historia de las religiones consiste en "buscar en casa lo que no puede hallarse fuera", es decir, encontrar en el mundo judío las suficientes analogías, temas y ejemplos que sirvan para demostrar que toda la creación y primera evolución de la cristología cristiana tenía precedentes en el judaísmo mismo.

Por ejemplo, tomemos el texto de Qumrán denominado 11QMelquisedec. En él aparece con una cierta claridad que los **judíos del siglo I a.C. pensaban que el mesías podía ser de algún modo divino**. En efecto, Melquisedec era ciertamente un hombre, pero no murió, fue asuntado por Dios al cielo y desde allí vendrá a la tierra con funciones mesiánicas.

De este modo se deduce: el caso de Melquisedec es un precedente claro de una concepción cristiana, el mesías como enviado celeste y de naturaleza semidivina. No hay necesidad de recurrir al influjo de concepciones de la religiosidad griega helenística. El judaísmo estaba maduro teológicamente como para explicar que entre los judeocristianos pudiera darse el paso de proclamar divino a Jesús, una vez que habían definido teológicamente su mesianismo.

En este supuesto, la réplica a la Escuela comparatista de la Historia de las religiones, el cristianismo no hace otra cosa que evolucionar (en este caso por obra de la aparición reveladora en esta tierra de Jesús de Nazaret) internamente a partir de unos bienes conceptuales generados dentro del judaísmo mismo. No es necesario recurrir al influjo externo de la religiosidad pagana, por ejemplo al influjo de las religiones o cultos de "misterio".

El caso de **Martin Hengel** es paradigmático en el uso de este argumento, por lo que conviene que nos detengamos en él como hicimos con Maccoby. Su obra principal a este respecto es la siguiente: *Der Sohn Gottes. Die Entstehung der Christologie und die jüdisch-hellenistische Religionsgeschichte* ("El Hijo de Dios. El nacimiento de la cristología y la Historia de las religiones judeohelenística", Tubinga, 2ª edición 1997).

Primero reconoce Hengel que el nacimiento del cristianismo (que viene a ser lo mismo que el nacimiento de la cristología o ciencia sobre Jesús como mesías) plantea grandes problemas de explicación dentro de la Historia de las religiones:

Tema: "No era necesario para el cristianismo copiar ideas de la religiosidad pagana: las tenía todas en el judaísmo. Sólo era necesario sacar algunas consecuencias". **Crítica a las ideas de Martin Hengel.** Hacemos, pues, algunas observaciones a esta argumentación.

- **En primer lugar**, reconocer –como se ha hecho ya en varias ocasiones en este blog– que el furor comparatista a principios del siglo XX de los primeros adeptos de la Escuela de la historia de las religiones (W. Bousset; R. Reitzenstein; W. Heitmüller), con sus comparaciones forzadas y traídas a veces por los pelos, ha ayudado poco en ocasiones a una impostación correcta del problema de los orígenes de la cristología cristiana y se ha prestado al ataque fácil, y también parcial, de los historiadores más conservadores dentro del cristianismo.

- **Segundo:** las más recientes investigaciones se inclinan a aceptar que existían en los cultos/religiones místicas, antes del advenimiento del cristianismo, de la figura global, aunque difusa para nosotros por la falta de testimonios más concretos, de una divinidad que muere y resucita y a la que se rinde culto precisamente en ese aspecto porque ella proporciona bienes importantes para los creyentes. Los fieles celebran los misterios, o

las festividades de estos dioses, porque gracias a ello les llega de algún modo la salvación y la inmortalidad (para todo esto remito a los lectores al libro del Prof. Jaime Alvar, *Los misterios. Religiones "orientales" en el Imperio Romano* (Madrid 2001) pp. 108-122.

● **Tercero:** destacar la inconsecuencia de admitir que el cristianismo utilizó, aunque con otro sentido, el vocabulario de las religiones de misterios para expresar sus concepciones en torno a la figura del salvador, Jesús, y de su misión. Ello implica reconocer que, aunque falten testimonios literarios expresos, las religiones místicas estaban muy extendidas y ejercían una notable influencia antes del advenimiento del cristianismo, tanto como para crear un vocabulario amplio y concreto que invadió de modo genérico el terreno de la religiosidad y por tanto la del cristianismo también.

El que a mediados del s. II los Padres apologistas y, más tarde, Tertuliano afirmen que los demonios habían copiado del cristianismo los elementos de los cultos místicos (para confundir a los paganos y para que no se convirtieran al cristianismo) es una prueba más de la expansión e influencia por todo el Imperio romano de estos cultos en el s. I.

Cuarto: No es lícito afirmar que se puedan tomar prestados términos a una religión para dotarlos luego de un sentido radicalmente distinto en la propia. La utilización de un vocabulario prestado implica necesariamente la aceptación de que ciertas concepciones religiosas son comunes a las dos religiones. De lo contrario tal préstamo sería imposible y contraproducente. Por tanto, el cristianismo y las religiones de misterios mostraban concepciones comunes.

Quinta crítica: Una comparación global y aséptica del concepto de salvación/cristología de Pablo con las ideas fundamentales del Antiguo Testamento y del judaísmo helenístico impide aceptar, por muy buena voluntad que se ponga, la tesis subyacente a la argumentación de M. Hengel, A. D. Nock y similares. Nos parece correcta la contraria: es imposible reducir o derivar de la religiosidad veterotestamentaria el núcleo de la religión paulina que hemos expuesto más arriba.

En la religión del Antiguo Testamento, o en el judaísmo helenístico son imposibles de documentar los puntos de vista radicalmente pesimistas de Pablo sobre la condición moral humana antes del advenimiento de Jesús, y mucho menos pueden aducirse textos para probar el descenso y envío de un hijo físico de Dios, la muerte vicaria de éste y la expiación universal de todos los pecados por el sacrificio del redentor, junto con sus consecuencias de inmortalidad para el creyente.

Por el contrario, puede afirmarse con notable seguridad que, a pesar de las múltiples diferencias perceptibles, **el paralelismo entre esta concepción paulina de la salvación y la de los cultos místicos es más que evidente**. Recordemos la postal en la que comentábamos el punto de vista de José Montserrat, a saber, que la presentación de Jesús como salvador individual que opera a través de su propio sufrimiento y de su propia muerte es un elemento que, genéricamente, tiene obvios paralelos en la religiosidad pagana contemporánea, y que **puede hablarse** -a pesar de la especificidad de cada culto místico- **de una misteriosofía genérica que**

extiende su influencia más allá del ámbito de los cultos particulares, siendo discernible en la literatura y aun en el lenguaje corriente.

Para mi entender la conclusión es difícilmente rebatible, y es bastante modesta: "No hace falta más para situar al cristianismo en la historia de las religiones, por su lenguaje específico" puesto que esta adscripción –y es lo que nos interesa desde el punto de vista de la filología y la historia- hace imposible una derivación de esta idea paulina –núcleo de la teología cristiana- del judaísmo.

Sexta crítica:

No cabe duda de que las concepciones en torno a la Sabiduría divina personificada, a la Palabra de Dios hipostasiada (Logos), que sirve de intermediaria en el proceso de la creación, o las especulaciones en torno a la Ley casi como una figura humana que se halla a la vera de Dios desde, o antes, de la creación, ayudaron muchísimo a la generación de la teología judeocristiana, es decir a la aceptación, por parte de los primeros judíos helenísticos pasados a la secta de los nazarenos, de ideas similares que se aplicaron a Cristo, a quien consideraron el colmo de la Sabiduría y suprema Ley.

Debe sostenerse, pues, que tales especulaciones sirvieron de ayuda para conformar y expresar cuál era el pensamiento de esos judeocristianos sobre la esencia y la misión de Jesús. Utilizaron un utillaje intelectual ya formado en el judaísmo helenístico. Ahora bien, **tampoco propio, sino conformado sin duda gracias a un impulso claro del platonismo medio popularizado** (Esta es, por otra parte, la conclusión general de otra obra, anterior, de Martin Hengel, *Judentum und Hellenismus*, "Judaísmo y Hellenismo; no traducida al español, pero hay versión inglesa de la editorial Fortress, Filadelfia, 1974). Esta obra ha tenido un impacto universal.

Negar esta influencia supondría cercenar una vía de explicación del surgimiento de la primera teología cristiana que supo sacar de esas concepciones buen partido. Pero buscar en el judaísmo que un ser humano sea considerado "físicamente" ("ónticamente") igual a Dios resulta inútil. Hay aquí un paso que los judíos nunca dieron ni pudieron dar porque sus nociones más íntimas se lo impedían. Para darlo, hay que venir de otras "regiones" mentales que no sean el judaísmo.

Séptima crítica: sobre el uso de títulos cristológicos

Lo mismo cabe decir respecto a la insistencia de M. Hengel, junto con diversos investigadores, en recalcar la importancia que tienen ciertos textos mesiánicos de Qumrán para explicar, sin salirse del ámbito del judaísmo y sin recurrir a ningún tipo de influencia externa (por ejemplo helénica), el uso dentro de la comunidad primitiva cristiana de títulos cristológicos y nuevas concepciones mesiánicas que incluyen la divinidad de Jesús

- **El título de "Señor", en uso absoluto y simple** (es decir, tal cual, sin ninguna añadidura del tipo "El Señor de los cielos" o "El Señor de la tierra"), que Pablo emplea tantas veces, ha aparecido en Qumrán utilizado respecto a Dios: 11QtgJob 24,6-7 y 4Qenb = 4Q202. (Aquí estamos pensando en el momento en el que los cristianos empiezan a emplear respecto a Jesús este título absoluto, lo que indica que Jesús es Dios).

Siendo esto así, es también cierto que no puede ya mantenerse –como afirmaba la escuela de la Historia de las Formas tras los pasos de Wilhem Bousset– que este título simple proceda absolutamente del mundo helenístico (con otras palabras, y por implicación: sólo la comunidad cristiana helenística, no el judeocristianismo de la comunidad de Jerusalén, fue la que divinizó a Jesús). Es posible, por tanto, que el proceso de divinización de Jesús se incoara de algún modo en el judeocristianismo, una "divinización" sui generis, porque no podía traspasar ciertos límites impuestos por su religión judía.

El uso de Qumrán no permite, pues, afirmación tan tajante de la Historia de las Formas. De todos modos, el número de ejemplos de esta utilización simple del título "Señor" en el mundo de la religiosidad pagana helenística es mucho más numeroso, abrumador si se le compara con el uso judío, tan parco y escaso.

El profundo cambio de contenido teológico de los títulos cristológicos cristianos pudo verse ayudado por el ensanchamiento de conceptos judíos, pero exige otra explicación en cuanto al origen de tal cambio. Los paralelos con Qumrán no bastan, porque se quedan cortos, porque la idea de la filiación física divina de Jesús impregna todos los títulos cristológicos y les otorga un contenido distinto y muy profundo.

En mi opinión, y en la de otros, este paso sólo se da en el cristianismo paulino -no en el de Jerusalén, los primeros seguidores de Jesús-, y el impulso primero lo dio Pablo de Tarso, el judío profundamente helenizado, en cuyo pensamiento desde pequeño, en su ciudad de nacimiento, Tarso de Cilicia, se daba la existencia simultánea de la cultura judía -representada por la comunidad hebrea de la ciudad- y una potente religiosidad pagana, muy orientada hacia los cultos de salvación. En mi opinión, Pablo asimila desde joven, consciente o semiconscientemente, estos dos ámbitos religiosos. Esta asimilación se traducirá -en una crisis dentro de su judaísmo- en un encuentro visionario con el Jesús resucitado, de donde le vendrá su interpretación peculiar de ese mismo Jesús, interpretación que él transmitirá luego a sus comunidades de conversos.

Tema: Lo que estamos discutiendo en esta problemática acerca de los títulos "cristológicos", es decir, los que afectan a la comprensión de Jesús como Dios (mesías; hijo de Dios; Hijo del Hombre) es la constatación de una diferencia específica -inconciliable- entre el judaísmo y el cristianismo, en especial el paulino, que es el ámbito en el que se desarrollan plenamente esos títulos que apuntan a la divinidad de Jesús (no así en el judeocristianismo). Empezamos ya a hacer síntesis de resultados.

Después de todo lo dicho, damos por supuesta la diferencia: el cristianismo paulino diviniza a Jesús, mientras que el judaísmo (y el judeocristianismo) no lo hace ni toleraría hacerlo.

Sobre el lugar de procedencia de esa diferencia, debe afirmarse en general que **no parece sano metodológicamente buscar esa diferencia específica en el seno del mismo judaísmo**, en una pura evolución interna de las semillas teológicas del Antiguo Testamento y del judaísmo helenístico, sin influencia de fuera, que es la tesis que hemos venido examinando en todas las postales anteriores.

Desde el punto de vista de la historia de las religiones, lo que hace a una religión, en concreto la cristiana, específicamente diferente de la religión madre, en este caso la judía, no puede proceder del mismo seno materno, y ni siquiera de una derivación sectaria de este seno.

Hay que buscar en otro lado. Y en la historia de las ideas religiosas **para un proceso de divinización como el que ocurre con Jesús "en las manos" de la teología paulina**, tenemos múltiples ejemplos y analogías en el mundo **grecorromano anterior y contemporáneo al cristianismo, no en el mundo judío.**

Por ello sostenemos que la teología desarrollada en los Manuscritos del Mar Muerto (Qumrán), o en el judaísmo helenístico (últimos estratos del Antiguo Testamento y Apócrifos de este corpus) no son un precedente absoluto para estas ideas propiamente cristianas.

Quizás el lector se haya sentido abrumado por la gran cantidad de análisis y discusiones que hemos ido desgranando en las postales anteriores. Acepto que puede ser un tanto abstracto, pero el tema se lo merece, porque **estamos planteando a fondo la cuestión de los orígenes de nuestro cristianismo de hoy.** Este cristianismo es fundamentalmente paulino, aunque se ha consolidado junto con algunos añadidos petrinus –que se reflejan en el Evangelio de Mateo- y nuevos conceptos de Dios la escuela johánica. Pero en ultimísimo término tanto esta escuela como la que pudiera estar detrás del Evangelio de Mateo son de concepciones netamente paulinas sobre cómo se concibe la salvación del ser humano.

Por ello, **sinteticemos el fondo de la cuestión que gira en torno a la concepción no del judeocristianismo, sino paulina:**

El hijo de Dios en verdad, divino en verdad, desciende a la tierra, se encarna en Jesús, y redime a la humanidad en el acto salvador de la cruz. Este sacrificio –de una víctima a la vez divina y humana- restablece el orden, la amistad y revitaliza las líneas de filiación entre el Creador y la criatura rotos por el pecado.

La aplicación de estos beneficios de la redención **sólo se consiguen por un acto de fe** en la validez de este sacrificio redentor. Al hacer el acto de fe, que se valida por el bautismo y la eucaristía, el nuevo ser humano, convertido en cristiano, tiene nueva vida y logra la salvación, la inmortalidad realizada en el cielo.

La clave de bóveda de esta concepción, pues, **es el descenso de un salvador divino para redimir y el acto de fe que se "apropia" los beneficios de esta redención.** De esta clave surge un nuevo sistema sacramental -absolutamente distinto del judío- que es el bautismo y la eucaristía paulino-cristianas.

Ahora bien, por mucho que el concepto "hijo de Dios" se considere enriquecido, ampliado y ensanchado en el judaísmo helenístico respecto a concepciones más angostas de la misma expresión en el Antiguo Testamento, y por mucho que se admita que el sintagma "hijo de Dios" se aplica en el judaísmo de época helenística a profetas, reyes, sabios, carismáticos, místicos, incluso a figuras obscuramente mesiánicas como

Melquisedec, Henoc- Metatrón, o a la figura que aparece en el texto de Qumrán designado como 4Q246, figura a quien se llama "Hijo de Dios" e "Hijo del Altísimo", se debe concluir que:

- En esos contextos judíos, se trataba siempre de designaciones esencialmente metafóricas que competían a hombres, seres humanos al fin y al cabo, de unas cualidades excepcionales,
- O bien a seres celestiales que no participan prácticamente ya de lo humano;
- Tal denominación, y otras análogas, nunca hacen alusión, como en el caso de Jesús en la teología del Nuevo Testamento, a una filiación ontológica, real y física divina, que conlleva la preexistencia, la mediación en la obra creativa de Dios, la encarnación y la redención por un sacrificio vicario por toda la humanidad.

Por el contrario, se debe tener en cuenta que en la **religiosidad helenística grecorromana** el puente entre la divinidad y los mortales es mucho más patente, y que se admite sin rubor la **existencia de seres humanos generados directa y físicamente por los dioses, o se concibe con absoluta facilidad el paso de humanos, tras la muerte, al ámbito absoluto de lo divino.**

En una palabra, al menos hay que sostener que el tremendo paso que da la teología paulina al divinizar a Jesús (por lo que tuvo tantísimos problemas con los judeocristianos) sólo es posible en un ambiente ideológico que no es estrictamente judío.

Es cierto que de la figura de un "Zeus padre de los dioses y de los hombres" (Homero, *Ilíada* I 544; *Odisea* I 28, etc.) no hay un paso directo a la concepción de un hijo óntico de un único Dios = Jesús. Pero, también es igualmente cierto que la distancia es pequeña, mientras que el abismo entre las concepciones del "hijo de Dios" del judaísmo helenístico y las del cristianismo, cuando afirma que Jesús es hijo real de Dios, es inmenso y casi imposible de franquear.

Sinteticemos aún más, al estilo de y complementando lo que dijimos en la postal anterior: **el lugar histórico del cristianismo de Pablo**, tal como puede deducirse de su teología de la salvación por y en Cristo y de la expresión clara por vez primera de la preexistencia de Jesús y de su status divino, es un judaísmo muy helenizado, super helenizado, capaz de sobrepasar sus fronteras ideológicas por la aceptación de esas dos categorías fundamentales que son la divinidad de Jesucristo y el nuevo concepto de la salvación.

Estas dos categorías constituyen su diferencia específica respecto al judaísmo, y se corresponden con el pensamiento filosófico-religioso helenístico, a saber la proclamación de Jesús como Dios al estilo de una hipóstasis divina.

Hemos explicado ya en este blog que una "hipóstasis" es la **personificación** de una característica o cualidad divina cuando actúa hacia fuera, hacia los mortales: por ejemplo, la Sabiduría divina; en el caso de Jesús, la función de Palabra y Redentor de Dios hacia la humanidad que se encarna y personifica en Jesús.

Este cristianismo paulino se corresponde igualmente bien con la **religiosidad helenística difusa** que con José Montserrat hemos denominado una "misteriosofía genérica y popularizada que extendió su influencia más allá del ámbito de los cultos particulares y que procede sin duda alguna del ambiente en el que se desarrollaban las religiones de salvación o mistericas" = a Jesús, pensado como Jesucristo, quien desempeña la función de salvador universal, al encarnarse, morir y resucitar.

Afirmamos también que lo dicho *no significa* que Pablo -y sus quizás predecesores (hay que analizarlo también), los "helenistas" descritos en los Hechos de los apóstoles- *se dedicaran burdamente a copiar de la religiosidad helenística para formar una religión nueva*. Expresado así, esta afirmación resultaría un error histórico grave de apreciación.

Lo que quiero decir es que tanto Pablo como sus seguidores que aplicaron conscientemente a Jesús (pues se creían con todo el derecho, ya que el iniciador, Pablo, lo había recibido por revelación divina, no de la "carne y de la sangre") los títulos que en su entorno se otorgaban a las divinidades salvadoras de los cultos del mundo grecorromano. Y se los atribuyeron porque estaban convencidos totalmente que en Jesús se cumplía perfectamente la función indicada por los títulos, que en las divinidades paganas no habían sido más que sombras de lo que iba a venir en la plenitud de los tiempos.

A partir de esta reinterpretación global de la doctrina y misión de Jesús, que Pablo debe -debemos insistir en ello- a una visión/conversión casi instantánea (según los Hechos de los apóstoles), **el Tarsiota se constituye en el creador y organizador consciente de un nuevo Israel**, que tiene su base no ya en la Ley y en la alianza antigua, sino en una nueva alianza fundamentada en el **misterio de lo ocurrido en Cristo**.

El "nuevo Israel" se transformará pronto en una nueva iglesia. Pablo pone los cimientos ideológicos de una teología cristiana novedosa, un nuevo sistema religioso que es, a la vez, distinto del judaísmo y del paganismo, aunque el Apóstol lo considere un judaísmo renovado y llevado a su plenitud.

En los días que siguen deseo empezar a cerrar el círculo iniciado con todas estas consideraciones acerca del cristianismo paulino contrastado con el judeocristianismo -casi no se acordarán los lectores- con la crítica a la idea nuclear de la obra de James D. G. Dunn, "Jesús recordado" (Verbo Divino, 2008), **que aboca a mi formulación: "Jesús recordado", sí, pero "profundamente reinterpretado"**. Les expondré cómo seguirá el argumento en una postal posterior.

Hacemos una **síntesis de lo dicho y avanzamos**. Hasta aquí hemos contrastado **dos visiones sobre Jesús por parte de sus seguidores que nos han parecido inconciliables:**

1. La de los judeocristianos del grupo de Jerusalén y
2. La de Pablo de Tarso y sus seguidores (probablemente con algunos antecedentes en los judeocristianos huidos a Antioquía después del primera persecución)

Nos hemos concentrado en sólo dos grupos de seguidores porque estamos convencidos que los primeros cristianos- a pesar de su diversa ideología pueden reducirse a estos dos bloques.

Una vez contrastadas entre sí estas concepciones sobre Jesús hemos llegado a la conclusión de que son inconciliables por la insalvable diferencia en un punto (lo demás sería discutible):

- Para los **judeocristianos Jesús sigue siendo un hombre**. Por mucho que **Dios, tras haberlo resucitado, lo coloque a su diestra y lo nombre su "mano derecha" en el asunto de la redención, sigue siendo un ser humano**

- Para **Pablo y sus seguidores, Jesús es Dios realmente, Hijo de Dios" real**. Aún no se ha precisado totalmente la teología sobre su entorno, sus características, su naturaleza, etc. Pero se cree firmemente que si no hubiese sido Jesús el Hijo de Dios real -no adoptado, o cualquiera otra fórmula- no hubiera podido haberse consumado el drama de la salvación: la víctima del sacrificio de la cruz tenía que ser a la vez Dios y hombre.

Una vez establecido este punto (admítase o no por algunos), **el siguiente paso en el razonamiento es el siguiente:**

- Del primer grupo, el **judeocristianismo**, no se nos han conservado apenas escritos directos en el cristianismo primitivo. Dentro del Nuevo Testamento probablemente sólo (de forma más o menos pura) la Epístola de Judas y la Epístola de Santiago. Fuera del Nuevo Testamento se nos han conservado sólo restos muy escasos, mutilados, comentados y trastocados en su transmisión (en escritos de sus refutadores los Padres de la Iglesia) en los Evangelios apócrifos judeocristianos. Véase la obra "*Todos los Evangelios*", Edaf, Madrid 2009; sección "Textos fragmentarios:

- El segundo grupo, el paulino, quedó como prácticamente único, o casi absolutamente dominante, en la Iglesia cristiana a finales del siglo I porque el judeocristianismo -representado por la Iglesia de Jerusalén y algunos pequeños grupos galileos- desapareció arrasado por la ola destructiva romana a consecuencia del resultado catastrófico para los judíos de la primera revolución contra Roma (años 66-70/73: Masada). La teoría de que se salvaron trasladándose a los territorios que hoy son Jordania (ciudad de Pella) son más que dudosos históricamente.

Este segundo grupo es el que ha producido prácticamente todos los escritos cristianos que luego (desde finales del siglo II) empezarán a formar el Nuevo Testamento. Y ha producido también el grueso de los escritos cristianos primitivos fuera del Nuevo Testamento: Padres apostólicos (con la excepción fundamental de la Didaché o "Doctrina de los Doce Apóstoles"), Padres Apologetas..., Actas de los mártires y obras primeras de los Padres de la Iglesia, desde Clemente de Alejandría e Ireneo de Lyon.

Del bloque de cristianos gnósticos -cuyas primeras obras datan de mediados del siglo I- puede decirse que los que son originales (es decir, no adaptaciones de obras gnósticas judías anteriores) son de corte paulino o derivados del paulinismo.

Con ello quiero decir con claridad es que **casi toda la visión que tenemos del cristianismo -obtenida a partir de la lectura de obras cristianas**

primitivas- es paulina, casi absolutamente paulina. Están todas escritas por gentes que aceptan el esquema interpretativo de Pablo de Tarso sobre cómo fue la figura y misión de Jesús de Nazaret.

Por tanto también, hacerse una idea del cristianismo primitivo distinta a la paulina –a pesar de su diversidad en al menos otro gran bloque judeocristiano, como hemos dicho- es muy difícil. Tenemos como casi regalo de nacimiento ideológico la visión paulina de Jesús y es difícil sustituirla.

Y la última afirmación sobre la estructura de lo que seguirá a continuación de esta serie: toda la visión que tenemos de Jesús de Nazaret, a pesar de que se recogen mil y mil tradiciones primitivas, anteriores a los autores evangélicos, sin duda, han sido transmitidas por cuatro evangelistas que son ideológicamente paulinos (incluso Mateo, aunque corrija mucho al maestro Pablo), y que al transmitir las lo han hecho filtrándolas -a veces semiconscientemente- desde su punto de vista. Son, por tanto, transmisores y "filtradores". son fieles en ocasiones, pero en otras muestran su "tendencia" ideológica, lo que otorga un sesgo específico a lo que narran, o cómo enfocan lo que narran.

Es **muy difícil la tarea de crítica para tratar de recuperar al Jesús histórico -lo que es anterior a Pablo-** porque todo lo que se recupera choca con lo esencial de la visión y pensamiento paulino sobre el personaje. Y es difícil porque desde muy pequeños sólo hemos leído "literatura paulina" y porque la tradición de muchos siglos sólo nos ha ofrecido una visión.

Y esto es lo que **nos queda por realizar en esta larga serie: analizar los evangelios** (vamos a tomar fundamentalmente sólo el primero, el de Marcos, del que todos copian [**el de Juan**, si no copia a Marcos, **sí conoce la tradición sinóptica y la corrige profundamente en ocasiones**] y que marca la línea interpretativa de Jesús hasta hoy) para intentar demostrar que lo que transmiten sobre Jesús no es aséptico, puros hechos, sino hechos más interpretación... Y **¿corresponde esta interpretación a lo que fue el Jesús de la historia?** Esta es la gran pregunta.

Ahí radica toda la cuestión. Y por mucho que se diga que no tiene importancia..., que lo que importa es el Cristo vivido por la Iglesia..., sí la tiene. Importa mucho que Jesús fuera de una manera y no de otra. Es de vital importancia para la fe y la teología saber cómo fue en realidad el Jesús de la historia.

(109-29)